# 11

# El renacer de la historia política: razones y propuestas.

FRANÇOIS-XAVIER GUERRA
*Universidad de Paris I.*

En estos días dedicados a la Nueva Historia hemos querido evitar en nuestro título el adjetivo "nuevo" porque la novedad en Historia es siempre relativa, tanto en relación al pasado –siempre existen precursores y algunos de extraordinaria envergadura–, como el futuro –pues no sabemos aún como será la Historia de mañana–. Vamos, pues, a hablar del renacer de la historia política, puesto que, a diferencia de otros tipos de historia cuyo nacimiento puede ser fechado con bastante precisión, la historia política no sólo existe desde que existe la historia, sino que durante siglos ha sido la historia por excelencia o, incluso, la única historia.

Su renacer actual hay que entenderlo en relación con un período de varias décadas durante el cual los historiadores profesionales la habían casi abandonado para dedicarse al estudio de otros campos históricos que han sido designados con el nombre cómodo de *nouvelle histoire*. En la actualidad estamos de nuevo en pleno auge de la historia política. Un índice patente es no sólo el número de obras ya publicadas y de tesis en preparación –este último fenómeno es la señal más clara de los cambios historiográficos–, sino también por el enfoque con que están siendo realizados estos trabajos.[1] Sin embargo, este auge no es una vuelta al pasado, una restauración de lo que existía antes de la *nouvelle histoire*, sino una etapa posterior en la manera de hacer historia que, al mismo tiempo que integra muchas de las apor-

---

[1] Para una exposición de algunos temas actuales de la historia política, cfr. *Pour une histoire politique,* sous la direction de René RÉMOND, Paris, 1988, p. 400.

taciones de la "nueva historia", busca superar los límites en que ésta se había encerrado.

No nos proponemos hacer aquí una exposición historiográfica de autores, títulos y corrientes que sería interminable y quizás inútil, aunque será inevitable que citemos nombres y obras, pues la historia es antes que nada un arte, algo que sólo existe a partir del momento en que una obra histórica ha sido creada. Podríamos, ciertamente, interrogarnos sobre las condiciones de validez del conocimiento histórico y sobre sus límites, pero todo ello no es todavía historia y posiblemente esta clase de debate no haya originado una sola obra histórica. Discutir sobre lo que tendría que ser la historia es legítimo, pero pocas veces este tipo de debate ha abierto nuevas vías a la investigación. La experiencia nos enseña que las grandes mutaciones en nuestra disciplina no surgen ordinariamente de discusiones a priori, sino de una o varias grandes obras históricas que abren nuevos campos de investigación al mostrar prácticamente cómo esa nueva manera de *hacer historia* enriquece nuestro conocimiento de la realidad. En este sentido la historia no difiere radicalmente de otros tipos de arte: el arte gótico no existe más que a partir del momento en que las primeras construcciones de este nuevo estilo surgen del suelo... Una vez que las mutaciones se han producido, se puede entonces reflexionar a posteriori sobre las causas que las han provocado, sobre su lógica profunda y sobre los límites de esta nueva manera de proceder...

No obstante, en contradicción aparente con lo que acabamos de decir, podemos también adelantar que no basta una visión puramente artesanal del progreso del conocimiento histórico, sino que hay que intentar una integración de los avances logrados en una síntesis formalizada. Una síntesis que sitúe en un esquema general los progresos realizados por las obras históricas ya escritas y que permita, al mismo tiempo, diagnosticar las zonas todavía vírgenes de estudios concretos, lo que quizá nos permita tomar conciencia de lo que queda por hacer para llegar a una historia política realmente satisfactoria. Por ello plantearemos aquí una serie de propuestas, algunas de las cuales son una conceptualización de los logros de trabajos ya realizados y otras una prospeciva de una investigación futura.

Terminemos esta introducción, subrayando algo muchas veces repetido: «la historia es inseparable del historiador».[2] Las grandes obras que representan muchos hitos en la investigación histórica no provienen de un hombre solo, encerrado en su torre de marfil, sino de un hombre inmerso en una época determinada, formado en una concreta tradición histórica; un

[2] MARROU, Henri-Irenée: *De la connaissance historique,* París, 1959.



hombre, por lo tanto, heredero de sus predecesores e influido tanto por los trabajos de sus colegas –aunque no sea más que para criticarlos– como por los acontecimientos del mundo en el que vive, que muchas veces le llevan a plantear los problemas históricos en términos diferentes. El historiador se encuentra así en el confluencia de la evolución de su propia disciplina, del ambiente cultural de su país y de su época y de los propios gustos e instrumentos conceptuales. Por todo ello, quizás la mejor manera de abordar nuestro tema –el declive y el renacer de la historia política– sea precisamente el hacerlo a través de recuerdos que son no sólo personales, sino en buena parte comunes a una generación.

## 1. ANTES Y DESPUÉS DE MAYO DEL 68.

Mi primera constatación sobre la generación que se formó en la Sorbona a principios de la década del 60 es que lo que se llama ahora *nouvelle histoire* no era, para nosotros, algo nuevo y revolucionario, sino en gran parte, simplemente, la manera normal de hacer historia. Las mutaciones que se atribuyen ahora de manera esquemática a la Escuela de los *Annales*, eran ya lo suficientemente antiguos para que hubiesen invadido la enseñanza universitaria. Sus principales críticas con la llamada historia *événementielle* –la de los acontecimientos, llamada entonces historia positivista–, tal como la hacían Langlois o Seignobos, eran lugares comunes aceptados sin discusión. Era también comúnmente admitida la primacía de la historia social y económica y en las clases a las que asistíamos era completamente normal el estudio de los movimientos de precios y salarios, de las coyunturas, de las crisis y de sus repercusiones demográficas. También lo era el buscar la casualidad de los acontecimientos políticos y revolucionarios en este tipo de fenómenos. Las clases de Labrousse estaban didicadas en esos años al movimiento obrero, pero su influencia era grande en otros campos, por ejemplo, en los cursos de Reinhard sobre la correlación entre las crisis de subsistencias y los movimientos populares en París durante la Revolución francesa. El estudio de los grupos sociales desde el enfoque socio-económico era también natural y, por ejemplo, para estudiar los campesinos en Francia en la Edad Media, nos basábamos en las clases de Edouard Perroy, pero también en las obras de Georges Duby o de Robert Boutruche.[3]

Ahora bien, aunque esta historia que calificaríamos ahora de "nueva" era para nosotros la historia normal, no constituía, sin embargo, la única

[3] DUBY, Georges: *L'Economie rurale et la vie des campagnes dans l'Occident médiéval,* París, 1962. BOUTRUCHE, Robert: *Seigneurie et féodalité,* París, 1959.

historia y coexistían con ella otros temas y maneras de hacer historia que tenían a veces tanto o mas éxito entre los estudiantes. Sin ninguna duda, las clases que tenían el público más numeroso y entusiasta eran las de Henri-Irenée Marrou sobre la Antigüedad clásica –en esos años centradas en la historia religiosa del mundo romano de los primeros siglos de nuestra era–. Se trataba de una historia cultural en el sentido más amplio y fuerte de la palabra en la que se mezclaba lo que después se llamarían las mentalidades con lo institucional, lo político y lo religioso. Los cursos de Aymard sobre los estados helenísticos insistían, sin dejar de lado lo social y lo económico, en aspectos políticos: las dinastías y los problemas de legitimidad de los monarcas, las guerras y la variabilidad de los estados surgidos del imperio de Alejandro. En Historia moderna, los análisis que Rolland Mousnier hacía de las instituciones y la sociedad de la Francia del Antiguo Régimen, aunque iban en cierta manera a contracorriente, eran indiscutibles.

También se seguía enseñando historia política al estudiar la época contemporánea. Louis Girard analizaba a través de las elecciones la vida política de la II República y de principios del II Imperio. Por otra parte, ya habían aparecido libros que pronto se convertirían en clásicos, como la tesis de René Rémond,[4] que se situaba en toda la tradición de estudios políticos, tal como los habían practicado André Siegfried o Elie Halevy. Sin embargo, bien es verdad que este tipo de estudios, por muy sugestivos que fuesen, eran para los historiadores relativamente marginales y nos parecían pertenecer más bien al campo de las Ciencias Políticas, tal como se practicaban en el Institute de Sciences Politiques.

A pesar de todos los matices anteriores, el clima intelectual de la Sorbona –¿la moda?– nos llevaba por otros derroteros: hacia la historia económica y hacia la demografía histórica, hacia la historia social entendida como el estudio de grupos sociales muy vastos definidos por criterios socio-económicos: los campesinos, los mercaderes y, sobre todo para los contemporaneístas, los obreros. En esta época, en la que el marxismo estaba en pleno auge en los ambientes universitarios, los obreros aparecían como el grupo portador del futuro; quizás ésta era la causa de una multiplicación de estudios sobre el movimiento obrero, tanto francés como extranjero. En cuanto a la causalidad histórica, implícitamente se adhería a una causalidad de tipo esencialmente económico y a interpretaciones globales de la Historia en términos de clases sociales.

Señalemos, para acabar este panorama, algunas de las contradicciones de esta época y más particularmente del ambiente estudiantil. Curiosamente, esta primacía teórica de lo socio-económico que privilegiaba una visión determinista de lo social y de lo político, y del "tiempo largo", iba pareja con un extraordinario interés por la política y por las rupturas revolucionarias. Era un momento de efervescencia de grupos y subgrupos que se pretendían revolucionarios y de ideologías de transformación social radical. Es decir, una época de voluntarismo político extremo que casaba mal con el lugar secundario que la historia socio-económica asignaba a la política...

[4] RÉMOND, René: *La droite en France*, Paris, 1954.



Mayo del 68 fue para nuestra generación un hito fundamental, no sólo porque en él se manifestó el clima intelectual del que acabamos de hablar, sino porque la comprensión de estos acontecimientos planteaba muchos problemas que influirían considerablemente poco después en nuestra manera de concebir la labor histórica. En menos de un mes, en efecto, asistimos y participamos en una crisis social y política de una extraordinaria fuerza. En pocas semanas vimos cómo se disolvía un Estado, que era, sin ninguna duda, el más fuerte y organizado de todo el mundo occidental; asistimos a la desaparición de la legitimidad de un poder político a la cabeza del cual figuraba uno de los hombres de Estado de más envergadura del siglo XX; presenciamos cómo, uno detrás de otro, los grupos sociales se ponían en movimiento y expresaban una multiplicidad de reivindicaciones; vimos, en fin, una extraordinaria efervescencia cultural: la explosión del verbo y de la utopía. Estábamos, pues, ante una crisis cultural, política y social de una extraordinaria virulencia, que era al mismo tiempo, paradójica, puesto que la crisis se producía sin que hubiese ni crisis económica ni paro, en medio de ese largo período de auge económico que fue llamado después "les trente glorieuses".

Todos estos acontecimientos encajaban muy mal con el sistema explicativo que estábamos entonces utilizando en historia. En primer lugar, al hacernos experimentar la fuerza del discurso utópico, ponían en entredicho el predominio de la causalidad socio-económica, y revaloraban el papel de lo cultural. El predominio de lo cultural saltaba también a la vista por el carácter de la crisis estudiantil, que se daba en países tan diferentes por sus estructuras sociales como Francia, Alemania, Estados Unidos o México. Por otra parte, el grupo motor de la crisis, los estudiantes, no tenía una caracterización fundamentalmente socio-económica, sino cultural –ideas y valores–, generacional –un grupo de edad–, o de posición estratégica en la sociedad –las futuras elites-. Este grupo, además, no era un grupo unificado ni estructurado, no era un actor, sino un medio social, un ambiente. En fin, dentro de este ambiente, los actores más dinámicos habían sido los pequeños grupos revolucionarios –"movimiento del 23 de marzo", troskistas, maoístas, anarquistas, etc.–, cuyas diferencias remitían tanto a ideologías diferentes como, sobre todo, al hecho de ser grupos diversos en el sentido estructural. Cuando se consideraba el desarrollo del proceso, lo que saltaba

a la vista era la imprevisibilidad del acontecimiento y la dinámica que éste creaba. El acontecimiento era el producto de un "juego" de variables múltiples, entre las cuales el acontecimiento precedente no era una de las menos importantes: el proceso se autoalimentaba sin cesar a partir de hechos en gran parte imprevisibles e irreversibles. En fin, era también patente la importancia de algunas variables difíciles de medir, como la evolución de la opinión pública u otra, más impalpable aún, la legitimidad del gobierno.

Igualmente que en otros momentos fuertes de la historia, lo inesperado –y en gran parte misterioso– de estos acontecimientos no podía menos de tener consecuencias en nuestra manera de concebir la historia.[5] Lo que no encuentra explicación en los sistemas explicativos en vigor lleva a la apertura de nuevos campos de investigación y nuevas problemáticas...

Volvamos a la óptica autobiográfica. Como ejemplo concreto de una evolución que de otro modo podría parecer muy teórica, estos acontecimientos fueron provocando cambios en mis proyectos de investigación. Como tantos otros de mi generación, había empezado trabajando sobre el movimiento obrero: primero, acerca del primer periódico marxista francés –*L'Egalité,* de Jules Guesde–, luego, en torno a las relaciones entre los anarquistas españoles y la Internacional comunista. Después, siguiendo también en esto algunas de las tendencias de la época, quise estudiar una de las grandes revoluciones contemporáneas, la mexicana. El punto de partida estaba totalmente acorde con las premisas de la historia en la que habíamos sido formados, pues imaginaba que llegaría a evaluar su carácter y significación a través del papel que habían jugado en ella los grupos sociales, entendidos éstos como grupos socio-económicos: campesinos, obreros, burguesía, etc.

Sin embargo, el método previsto para captar estas realidades era ya diferente, porque se trataba de emplear para ello una nueva herramienta, la prosopografía –la biografía cuantitativa–, aplicada al conjunto de la clase mexicana revolucionaria y prerrevolucionaria y, en lo posible, a los actores más importantes de la revolución. La prosopografía nos venía de los especialistas de la Antigüedad, deseosos de reconstituir las carreras de personajes conocidos por fuentes muy dispersas; pero hasta entonces su empleo, aunque empezaba a extenderse a otras épocas y temas, seguía siendo poco frecuente por razones técnicas. La informática abrió la vía a su utilización masiva para épocas con respecto a las cuales disponíamos de fuentes mucho más numerosas. El progreso parecía al principio puramente técnico,

[5] Podemos pensar en un registro diferente, en la crisis que provocó la Primera Guerra Mundial en la historia, de fines pedagógicos, del Estado-nación.



pero de hecho hacía posible un cambio profundo en la manera de concebir los estudios sociales y políticos al permitir la cuantificación no sólo de los actores, sino también de las múltiples variables que los conforman.

Algunas de estas variables procedían directamente de la historia social tal como se practicaba entonces –profesión, fortuna, grupo social–, pero otras surgían de las interrogaciones, implícitas o explícitas, de nuestra generación. Las variables culturales englobaban no sólo los diplomas o el nivel educativo alcanzado, sino también el tipo de establecimiento en que se habían cursado estos estudios, la ideología que reinaba en ellos en tal o tal época, los condiscípulos que habían compartido las mismas aulas... Incluían también las "pertenencias" a grupos estructurados: asociaciones diversas, clubes, sindicatos, partidos, etc. y, a medida que la explotación de las fuentes progresaba, la pertenencia a otros grupos inesperados, pero muy reales, sin embargo: los formados por vínculos de parentesco, de amistad, de clientela, de vecindad, de pertenencia a una banda armada... Y todas estas variables estaban acompañadas siempre de una datación precisa, ya que –otra tomada de conciencia del 68– en los momentos de crisis el acontecimiento, por su carácter único que modifica irreversiblemente el campo estratégico en que se mueven los actores, requiere una gran precisión temporal.

A medida que el trabajo iba progresando, se hacía cada vez más evidente la insuficiencia de las herramientos conceptuales de que disponíamos. Fueron apareciendo entonces, como a menudo ocurre en nuestra disciplina, en la que múltiples trabajos independientes convergen en la misma dirección, varias obras que, a mi parecer, han contribuido a resolver una buena parte de los problemas que tenía que afrontar el historiador de lo político. El primero era el problema de los grupos, de los actores colectivos, de los que hablaremos con más detenimiento después. En estos años, Maurice Agulhon reintrodujo en la historia social el concepto de sociabilidad,[6] el estudio de las diferentes formas de congregarse los hombres. Por otra parte, Michel Crozier,[7] con su sociología de las organizaciones, conceptualizaba el problema de los actores sociales, ponía en evidencia la importancia del marco estratégico en que se mueven, y la interrelación entre ellos, constante hasta el punto de constituir un sistema en el que todos los elementos están en constante interacción.

[6] AGULHON, Maurice: *Pénitents et Franc-Maçons de l'ancienne Provence,* París, 1968.

[7] CROZIER, Michel et FRIEDBERG, Erhard: *L'acteur et le système. Les contraintes de l'action collective,* París, 1977.

Casi al mismo tiempo François Furet, en un libro esencial,[8] abría caminos enteramente nuevos para el análisis de la ideología y de la política moderna, al mostrar su radical novedad en términos de discurso político y de legitimidad. Sus intuiciones se apoyaban tanto en los análisis de Tocqueville sobre las relaciones entre el Antiguo Régimen y los regímenes post-revolucionarios, como sobre el redescubrimiento de un historiador de primeros de siglo, muerto en la primera guerra mundial, Augustin Cochin, que, muy adelantado a su tiempo, había ya propuesto un modelo de correlación entre las formas de sociabilidad modernas y la ideología revolucionaria. Cochin aparecía como un extraordinario precursor de la nueva historia política al haber utilizado, con los medios de su época, la prosopografía, el estudio de las formas de sociabilidad y el análisis del discurso político para entender la extraordinaria novedad de la política revolucionaria y la formación de la ideología democrática.[9]

Por otras vías también, un antropólogo especialista de la India, Louis Dumont, consciente de la extraordinaria novedad que representaban las sociedades occidentales modernas, tipificaba las diferencias entre las sociedades tradicionales y las modernas agrupando múltiples rasgos culturales divergentes alrededor de un núcleo explicativo: el predominio del grupo en las primeras, del individuo, en las segundas.[10] Se llegaba así, por otro camino, a unificar en forma de sistemas coherentes múltiples diferencias entre las sociedades tradicionales y modernas que muchos investigadores habían ya puesto de manifiesto lo cual planteaba el problema del paso de uno a otro universo: del Antiguo Régimen a la Modernidad... Los historiadores, por su parte, y sobre todo los medievalistas y los modernistas, sobrepasando el estudio un poco estrecho de las mentalidades, se lanzaban unos al estudio de los imaginarios y de las representaciones, de los universos mentales, abriendo así otra vía para analizar las referencias de la acción social y política, y otros, al de los comportamientos y prácticas culturales.

Como se puede ver por esta enumeración –que no pretende ser exhaustiva–,[11] no todos estos estudios podían considerarse directamente his-

[8] *Penser la Révolution française*, Gallimard, París, 1977.

[9] Las obras más importantes de COCHIN, publicadas después de su muerte, son su tesis sobre *Les sociétés de pensée et la révolution en Bretagne (1788-1789)*, París, 1925, 2 t. y un conjunto de ensayos *La Révolution et la libre pensée*, París, 1924.

[10] Se pueden citar, entre otras, *Homo hierarchicus. Essai sur le systéme de castes*, París, 1966, *Homo aequalis. Génesè et épanouissement de l'idéologie économique*, París, 1977, *Essais sur l'individualisme. Une perspective anthropologique sur l'idéologie moderne*, París, 1983.

[11] Para referencias más completas, puede consultarse, por ejemplo, Guy BOURDE et Henri MARTIN: *Les écoles historiques*, 2.ª ed., París, 1989.



toria política, pero todos, de una manera o de otra, abordaban el campo de lo político, es decir, lo concerniente a la organización y al gobierno de una sociedad determinada, a sus sistemas de autoridad, a sus valores e imaginarios subyacentes, a sus comportamientos específicos...

A partir de estas bases podemos intentar explicar las razones de la crisis de la antigua historia política y hacer una serie de propuestas para su renovación.

## 2. EL PROBLEMA DEL ACTOR Y LA CRISIS DE LA HISTORIA POLÍTICA.

El problema del actor es uno de los problemas centrales de la historia. De la historia en el doble sentido de la palabra: de lo que fue el pasado y de la reconstrucción que de ese pasado hacen los historiadores. Toda las obras históricas están dominadas –explícita o implícitamente– por este problema, puesto que incluso en la historia más estructural o en la más material –la económica–, hay siempre un sujeto último al que se atribuye un papel de motor en el acontecer histórico. Se pueden, ciertamente, presentar las estructuras –económicas, sociales, demográficas, mentales– como determinantes en la causalidad histórica, pero ¿qué son estas estructuras, sino una formalización de las relaciones de los hombres, ya sea con la naturaleza –inanimada o animada– o con otros hombres? Como la historia no es ni geología, ni paleontología, ni botánica, ni zoología, cualquier tipo de historia tiene como sujeto último –implícito o explícito– a actores humanos, ya estén estos constituidos por hombres individuales, por grupos sociales, por una colectividad o por la humanidad en su conjunto.

Lo que ha ido cambiando en las diferentes maneras de hacer historia y lo que explica en buena parte la reciente crisis de la historia política, han sido las diversas concepciones del actor en la historia y de la historia. Durante mucho tiempo –y aún ahora en las biografías y en la historia no profesional– los actores fundamentales han sido los grandes hombres, y más generalmente los que tenían un papel rector en la sociedad: gobernantes, hombres de guerra, eclesiásticos, etc. La historia era ante todo la narración de sus acciones dentro de la propia colectividad –la política interior– o en relación con otras colectividades –la política exterior–. Esta manera de abordar la historia era profundamente reductora, pues no sólo eliminaba a la inmensa mayoría de los actores sociales, sino que también atribuía a esos grandes personajes una extraordinaria libertad de acción al separarlos del conjunto de la sociedad. Añadamos que casi siempre se utilizaba una causalidad de orden moral, centrada en las virtudes y los vicios, en los aciertos y en los errores.

Sin embargo, a pesar de sus limitaciones, esta historia era mucho más operativa de lo que muchas veces se piensa. Por un lado, porque daba a la cronología, que es la trama misma de la historia, una gran importancia; por otro, porque las acciones de estos personajes, por su situación en la cúspide de la sociedad a la que pertenecían y por su libertad de acción, mayor que la de los otros actores, causaban efectivamente un impacto grande en los acontecimientos de su época. Los modernos estudios sobre la toma de decisión –en crisis internacionales graves, como la de los misiles en Cuba, por ejemplo– confirman la importancia que se daba en el pasado a los hombres de Estado situados en los lugares estratégicos del poder político, pero también muestran, como era de esperar, la complejidad de acciones aparentemente simples y personales, al poner de manifiesto el juego de los múltiples actores y variables que intervienen en la decisión final.

En una etapa posterior los actores o sujetos históricos colectivos hicieron su entrada en la historia. En el siglo XVIII el "progreso de las Luces" suponía ya un sujeto englobante, la humanidad o la especie humana, actor último del acontecer histórico, pero fue con el siglo XIX cuando, correlativamente a la entrada en la era democrática y a la aparición de la política moderna, triunfan los actores colectivos. Unos, como la nación y el pueblo, tenían un carácter moral y se situaban en el registro político; otros, un poco más tardíos, como las categorías sociales, definidas por criterios económicos –burgueses, obreros, campesinos, etc.–, tenían un carácter sociológico.

El predominio de los primeros fue casi general en el área europea hasta la primera guerra mundial, ya que correspondían a dos grandes novedades del siglo XIX: el estado-nación y la soberanía del pueblo. Los segundos fueron consecuencia de otra novedad, el surgimiento de nuevas categorías sociales originadas por la economía moderna y de su teorización por Marx en una óptica teleológica. Para que estos últimos vayan progresivamente imponiéndose hay que esperar hasta ese gran cataclismo de los estados-naciones que fue la Primera Guerra Mundial. No quiere decir esto que su victoria fuese inmediata en todos los sitios, pues en los países en los que el estado-nación era aún reciente o estaba todavía en construcción, la historia siguió teniendo como sujeto último a la nación o al pueblo. Pero en aquellos en los que, como en Francia, estaba ya resuelto el doble problema de la nación y de la soberanía del pueblo, se abría la vía para el nacimiento de una historia que abordara temas y considerara grupos humanos hasta entonces olvidados.

No nos extenderemos sobre la historia que nace entre las dos Guerras Mundiales y que acabará imponiéndose después de la Segunda: la que designamos ahora bajo el término de *nueva historia*. Sólo queremos señalar las consecuencias que su predominio tuvo para la historia política. Sus principales aportaciones son sobradamente conocidas y entre ellas se puede



citar la extraordinaria ampliación de los campos de investigación al abrirlos a la historia económica, a la historia social y más tarde a la de las mentalidades. Logro también incontestable fue el sacar del olvido a hombres y sectores sociales hasta entonces preteridos porque no pertenecían al mundo de las elites. Sin embargo, al lado de estas aportaciones algunas de sus premisas iban a desconsiderar la historia política, tal como se practicaba entonces. Unas eran explícitas, como el estimar que el estudio de los grandes personajes, gobiernos, guerras y batallas era secundario y superficial en comparación con fenómenos económicos, sociales, mentales más profundos y de más larga duración, es decir, las estructuras. Otro de los rasgos específicos de la historia política, el peso que tienen en ella los "acontecimientos", el ser *événementielle*, se convirtió en una tara para la *nueva historia*.

Otras premisas, y esto es lo que más nos interesa aquí, estaban implícitas. Aunque no se afirmase siempre de un modo manifiesto, en esta nueva manera de hacer historia se consideraba que los grupos sociales, definidos sobre todo por criterios socio-económicos, eran los actores últimos de la historia. El estudio de los actores visibles de la vida política y de sus acciones aparecía como secundario en relación con el análisis de aquellos vastos actores colectivos. También se fue imponiendo, sobre todo entre los sucesores de los fundadores de la *nueva historia*, una noción muy restringida de la causalidad histórica, reducida a menudo a la puramente económica.[12] En fin, y paralelamente a los rasgos precedentes, se utilizaba una noción muy teleológica del acontencer histórico que, en sus versiones marxistas más radicales, hacía de la política un reflejo o, incluso, una máscara de la verdadera historia.

Era lógico que, partiendo de estas premisas, se produjera una fuerte decadencia de la historia política. En efecto, las estructuras tienen una inercia y unos ritmos de cambio que se adaptan muy mal a la variabilidad de lo político. Cuanto más se conocía la economía y la sociedad en sus aspectos materiales, más secundaria e insignificante resultaba la política: ¿por qué gastar tiempo y energías en estudiar acontecimientos efímeros, cuando se podía conocer –o se conocían de antemano– los actores últimos y el sentido profundo de la historia?

Fue entonces, durante este período de auge de la *nueva historia*, cuando se perdió la historia política o, más bien, la historia hecha por los historiadores profesionales, ya que un cierto tipo de historia política– y ésta

---

[12] No es este el caso ni de Marc BLOCH, en *Les rois thaumaturges*, París, 1923, ni de Lucien FEBVRE en su *Le problème de l'incroyance au XVI$^{e}$ siècle: la religion de Rabelais*, París, 1942.

es una de sus particularidades– no ha dejado nunca de ser practicada ni en lo que concierne a épocas lejanas ni a la historia del tiempo presente.

Los grandes personajes del pasado, las épocas de esplendor o de crisis, las epopeyas –reales o supuestas–, las guerras y batallas no han dejado nunca de ser narradas por escritores de mayor o menor talento, y leídas por un público numeroso. Para las épocas recientes, los artículos y libros de periodistas y observadores de la vida política, las memorias de los personajes públicos, las reconstrucciones de los ensayistas han seguido privilegiando la óptica política. La experiencia de su propia época llevaba a todos estos autores a conferir a lo político –nacional o internacional– una importancia que los historiadores profesionales que trabajaban sobre otras épocas les rehusaba...

Tampoco los libros de texto que éstos redactaban podían prescindir de este tipo de historia. Es cierto que en nuestros países occidentales la historia de las gestas patrias había entrado desde hacía tiempo en crisis, pero la misma función pedagógica de esas obras –hacer comprender a las nuevas generaciones– les obligaba a seguir dando en sus exposiciones una importancia considerable a la historia política, fueren cuales fueren sus preferencias personales sobre la manera de hacer historia.[13] La historia política seguía marcando la división del tiempo en períodos y las tentativas para elaborar libros de texto construidos según la temática y las periodizaciones de la *nueva historia* fueron un rotundo fracaso, no porque sus autores fuesen incompetentes o insuficientemente pedagógicos, sino porque esta manera de historiar hacía ininteligible el pasado al amputarle una dimensión esencial a todo grupo humano y a sus relaciones con los demás...

Sin embargo, para superar la crisis de la historia política no basta con apoyarse en estas remanencias, hay que hacer también una crítica de aquellos conceptos del actor que originaron su crisis entre los historiadores profesionales. La principal crítica que puede formularse a los diferentes tipos de actores colectivos de que hemos hablado es que, de una manera o de otra, suponían que los actores visibles, los individuos que las fuentes nos revelan, representaban, encarnaban o expresaban a la nación, al pueblo o a un grupo social.

Es, sin embargo, patente que los dos tipos de actores colectivos abstractos de los que hemos hablando, los morales o los sociológicos, no tienen el mismo tipo de relación con los actores individuales. En el primer caso, la

[13] En este sentido es significativo el fracaso en Francia de los programas de la enseñanza secundaria construidos en una óptica temática venida de la Nueva Historia y la vuelta a un esquema temporal en el que lo político vuelve a ocupar un lugar preponderante.



consideración de que tal hombre o grupo humano era el intérprete o el defensor del pueblo o el constructor de la nación, equivalía a investirlo de un carisma que lo ponía en una misteriosa sintonía con la colectividad representada y a excluir de la historia, por el olvido o el ludibrio, a sus adversarios. Sin embargo, la acción del actor individual seguía estando salvaguardada e incluso exagerada por la heroización del personaje. En el segundo caso, aunque también se encuentra a veces esa misma idealización de un hombre que encarnó el proletariado o el campesinado, lo más fuerte fue el erigir a los grupos o clases sociales en protagonistas de las acciones históricas, lo que llevó a infravalorar las acciones individuales, ya que, con todo rigor, lo mismo da que éste u otro hombre actúe, puesto que el último y verdadero actor es el grupo o la clase social. La política se convertía en una superestructura, de importancia relativamente secundaria con relación a la dinámica profunda que era la de los grupos sociales.

Pero en ambos casos, puesto que los actores visibles encarnan o representan a actores colectivos abstractos, nos encontramos ineluctablemente con dos tipos de problemas: el primero es el de la pertenencia de un hombre a un determinado grupo; el segundo el de la transferencia de la voluntad del grupo al actor visible que lo encarna o lo representa.

El primer problema es insoluble, como lo saben todos los que han utilizado la prosopografía. En efecto, el historiador se encuentra, antes de nada, con un problema de clasificación: ¿a qué grupo social pertenece esa persona concreta que las fuentes nos revelan? La dificultad es considerable, porque los "grupos sociales" –incluso cuando sólo se los considera desde el punto de vista socio-económico–, en cuanto se observa con un poco de detalle la realidad social, se fragmentan en múltiples sub-grupos y categorías diversas. Por ejemplo, en un país como el Méjico de finales del XIX, a las divisiones clásicas de los campesinos entre propietarios, arrendatarios, aparceros y peones hay que añadir, para que esta clasificación tenga algún sentido, divisiones complementarias que tengan en cuenta las dimensiones de las explotaciones agrícolas, extremadamente diversas –desde campos de una o dos hectáreas a haciendas de centenas de miles–, el tipo de producción –ágricolas o ganaderas–, su carácter –modernas o tradicionales–, su complementariedad con la explotación de bienes comunales, la fertilidad de la tierra o su ubicación en una zona pionera. Hay que añadir también variables sobre las actividades anexas de los campesinos –comercio o artesanado local, actividades de transporte o de minería, empleos temporales en industrias modernas cercanas y captar sobre todo el marco estratégico en que se encuentran esos diferentes tipos de hombres, pues la posición social de un pequeño explotante agrícola no es la misma según esté ubicado en una región dominada por la gran propiedad o en otra que ésta no existe.

Esta larga enumeración, voluntariamente simplificada, no es, en modo

alguno, mera matización intrascendente, puesto que de estas diferentes situaciones surgen comportamientos sociales y políticos extremadamente diversos. Y no digamos nada si a estas variables puramente socio-económicas añadimos otras de carácter cultural: la pertenencia a una comunidad indígena, la práctica religiosa, las formas de sociabilidad, la tradición política; las categorías se multiplican entonces aún más. Y lo que es válido para los campesinos lo es también para los otros "grupos sociales": para la burguesía, para los obreros, o para la multiforme clase media.

Una dificultad complementaria es la pertenencia de un mismo individuo a diferentes "grupos sociales", dado que un miembro de las elites, por ejemplo, puede ser al mismo tiempo latifundista, banquero, comerciante, industrial, abogado, hombre político... ¿Cuál de estas actividades es la principal y cuál la que predominará si esos diferentes intereses tienen exigencias contradictorias en una época dada? Sólo un análisis muy completo del momento y del marco en que se sitúa su acción podrá indicárnoslo.

Añadamos un último elemento que hace aún más difícil la atribución de una persona a un "grupo social": la evolución, en el tiempo, de las pertenencias, es decir, el cambio de estatuto social a lo largo de la vida, ya sea por cambio de profesión, por ascensión social o por carrera política. Alguien puede empezar como aprendiz de un artesano, trabajar luego en un fábrica moderna, instalar después un comercio, hacer fortuna y acabar siendo una notabilidad local y, por último, ocupar cargos políticos. La duración, el tiempo, los itinerarios personales con las experiencias específicas que las diversas situaciones conllevan, es constitutiva del hombre y cambia profundamente su comportamiento. Dos obreros que trabajan en la misma fábrica, uno de los cuales acaba de llegar del campo y el otro ha nacido ya en un ambiente obrero, se distinguen por una cultura y por unas prácticas sociales diferentes... Lo puramente socio-económico es incapaz de caracterizar la especificidad de los actores sociales.

El segundo problema que plantean los actores colectivos abstractos es, como ya dijimos, el de la representación. Aun en el caso de que fuésemos capaces de captar con seguridad la pertenencia de un hombre a un "grupo social" determinado, ¿cómo se puede afirmar que tal o cual hombre o acción expresa la voluntad o los intereses de ese grupo?, ¿cómo se pasa del grupo, el ente colectivo abstracto, al individuo concreto que lo expresa? Este problema es parecido al que bien conoce la filosofía política: ¿cómo se pasa del representado al representante?, ¿cómo representar una multiplicidad de individuos con móviles e intereses diferentes? En los regímenes representativos modernos, no se puede decir en estricta lógica que los que han votado por un hombre o por un partido que han perdido las elecciones estén representados por sus adversarios vencedores. Se trata, de hecho, como bien lo han señalado los politólogos, de una ficción, de un mito, pero de un mito



aceptado por la mayoría de los habitantes, incluso por los que han perdido, no porque se consideren representados por sus adversarios, sino porque ese sistema de legitimación de los gobernantes goza, por diversas razones, de un *consensus* bastante general.[14] Sin embargo, no se puede decir lo mismo cuando esa operación de transferencia simbólica se efectúa en el campo histórico, pues en él el representado no tiene ni voz ni voto, y sólo el historiador, como un demiurgo, es quien atribuye a los actores visibles la representación o la encarnación de actores colectivos abstractos.

## 3. LOS ACTORES REALES.

¿Quiere esto decir que no existe ningún tipo de actores colectivos y que sólo se puedan tomar en cuenta los individuos? Es evidente que a la pregunta ¿quién actúa?, la respuesta de sentido común sea, ciertamente, el hombre, el hombre individual. Pero esta respuesta, lógica en la vida cotidiana, es poco operativa en una óptica social en la que con frecuencia encontramos fenómenos que aparecen como acciones colectivas.

¿Cómo explicar estos fenómenos? Elevándose contra muchas interpretaciones clásicas que los atribuyen a la acción de un actor colectivo abstracto, toda una escuela de sociólogos vuelve a un enfoque individualista para considerar esos comportamientos colectivos como una simple "agregación de comportamientos individuales". El supuesto grupo social que sería su sujeto último no estaría constituido más que por una yuxtaposición de individuos que poseen las mismas características u ocupan el mismo lugar en un campo social determinado. Esta explicación es muy operativa para muchos de los fenómenos que se dan en las sociedades individualistas modernas; en ellas lo que aparece como la consecuencia de una acción colectiva –como el resultado de un voto o los comportamientos del mercado– es el producto de múltiples decisiones individuales independientes entre sí.[15] En efecto, es imposible decir, salvo de manera metafórica, que después de un acto electoral el pueblo, el país o la nación quieren, por ejemplo, que tal o tal partido obtenga una mayoría absoluta o relativa. El resultado de una combinación de múltiples acciones individuales, originadas por móviles ex-

[14] Cfr. por ejemplo la exposición lúcida e irónica sobre el mito representativo en las democracias modernas que hace Georges BOURDEAU en *La politique au pays des merveilles,* París, 1979, pp. 135 y ss. Pero, en estos regímenes políticos el mito es aceptado por la sociedad, lo que no ocurre evidentemente en el caso de la Historia.

[15] Cfr. por ejemplo los excelentes análisis de Raymond BOUDON en *Effets persvers et ordre social,* París, 1977 y *La place du désordre. Critiques des théories du changement social,* París, 1984.

tremadamente diversos, como en el caso del voto, no puede ser confundida con la acción de un único actor. Como en esos esquemas con los que la mecánica formaliza las fuerzas, cuando dos de ellas se ejercen perpendicularmente una a otra, el resultado es una diagònal. Sería absurdo decir entonces que esta fuerza diagonal es la consecuencia de una única fuerza que se ejerce en tal sentido, en vez de verla como lo que es: lo resultante de dos fuerzas simples y perpendiculares. De la misma manera, muchos fenómenos sociales que aparecen como colectivos no son el producto de la voluntad de un único actor, sino el resultado final de una combinación de actores múltiples.

Este enfoque constituye una crítica muy eficaz de las interpretaciones ya citadas que suponen actores colectivos abstractos y el mito representativo: las que atribuyen al pueblo, a la nación, al grupo social o a cualquier otra colectividad abstracta una voluntad, un proyecto o una acción. Pero, a pesar de esta aportación muy positiva, este enfoque no sirve para analizar todos los fenómenos sociales o políticos. En efecto, su punto de partida es un presupuesto individualista: la existencia de actores individuales autónomos –lo que es cierto– y no ligados entre sí –lo que si bien es cierto para muchos fenómenos, no lo es para otros muchos–. La experiencia muestra, por el contrario, que hay muchos casos en que los hombres están ligados entre sí por vínculos permanentes en el seno de grupos estructurados que actúan, permanentemente también, de manera unitaria. Esto es evidente en lo que atañe a la política moderna, con sus partidos, sus sindicatos, sus asociaciones, sus grupos de presión... Pero, también lo es aún más en las sociedades tradicionales, es decir, en las sociedades europeas del Antiguo Régimen y en muchas no europeas de la época contemporánea, con sus cuerpos de todo tipo (grupos étnicos, tribus, corporaciones municipales, comunidades campesinas, señoríos y haciendas, instituciones del Estado, poderosas redes de parentelas, clientelas, cuerpos eclesiásticos, gremios, cofradías, etc.).

En ambos casos estos grupos humanos no están formados por individuos yuxtapuestos o reunidos en combinaciones aleatorias en función de circunstancias cambiantes, sino que son conjuntos estructurados y permanentes. Estas características son precisamente las que definen a los actores colectivos reales. Estos conjuntos son justamente un grupo porque están estructurados por vínculos estables de un cierto tipo, poseen sus propias formas de autoridad y de legitimidad, sus reglas de funcionamiento interno, sus lugares y formas de sociabilidad; valores, imaginarios, lenguajes y comportamientos que les son propios; la conciencia de una pertenencia común, con una historia y una memoria colectivas –ya sean reales o construidas–. Utilizando una analogía sacada de las ciencias naturales podemos compararlos a moléculas, es decir, a un conjunto de átomos, no simplemente yuxtapuestos, sino ligados entre sí de determinada manera, según un cierto orden y disposición que resultan de una ley o de un código particulares...



Estos actores colectivos que llamamos reales son de otro tipo de los que hemos denominado abstractos. Estos últimos proceden de erigir en grupo a un cierpo número de individuos con características comunes: para los campesinos, el hecho, por ejemplo, de trabajar la tierra, para los obreros, el de trabajar en una fábrica, etc. No obstante, una característica común, por importante que sea, no remite necesariamente a un grupo real que actúe de manera conjunta. Las categorías de análisis pueden multiplicarse indefinidamente –y ser, por lo demás, pertinentes para conocer la realidad–, pero a nadie se le ocurriría pensar que si se clasifica, por ejemplo, a la población según la importancia de las localidades en que vive, que las localidades que cuentan, pongamos por caso, entre 5.000 y 10.000 habitantes, constituyan un actor. Aunque lo que se capta sea un dato real –el vivir en una determinada localidad– de ello no se infiere que los hombres que compartan este rasgo común sean un actor, es decir, que actúen de manera conjunta.

Esta manera de proceder evita inútiles problemas, como el tan manido de la unidad de acción de un grupo social, o más bien el de su división, que es lo que en la inmensa mayoría de casos nos muestran las fuentes. Al estudiar, por ejemplo, el mundo obrero, no hallamos nuncan ni obreros aislados, ni una teórica clase obrera con una acción unitaria, sino una multiplicidad de microsociedades y de organizaciones obreras –gremios, ligas, mutuales, cooperativas, sindicatos–, cuyas referencias culturales e ideológicas son, por lo demás, muy diversas: anarquistas, comunistas, socialistas, cristianas, etc... Todos estos grupos tienen sus propias formas de organización, sus tradiciones y culturas específicas, una historia y una memoria particulares, etc. Es epistemológicamente imposible otorgar a alguno de estos grupos el atributo de encarnar o representar a ese grupo social que sería el de los obreros. Y lo mismo se podría decir de los otros abstractos "grupos sociales", como el campesinado, la burguesía, las clases medias, etc.

Es evidente que en esta definición de los actores colectivos reales están también incluidas las variables socio-económicas, aunque éstas son un elemento más entre otras muchas de carácter predominantemente cultural en el sentido más amplio de esta palabra. Un pueblo, por ejemplo, una comunidad aldeana del Antiguo Régimen, posee casi siempre tierras comunales, pero éstas no pueden ser separadas de sus otros elementos constitutivos. Un pueblo es una comunidad humana con instituciones de gobierno propias, reglas de pertenencia a la comunidad, derechos y deberes específicos; un pueblo, además, quiere decir vínculos entre sus habitantes –frecuentemente de parentesco o por lo menos de vecindad–, un cierto tipo de jerarquías sociales, de lugares de culto, un santo patrón, cofradías, fiestas, determinadas maneras de cultivar la tierra, prácticas de ayuda mutua, una histo-

ria de buenas o malas relaciones con la aldea vecina o con un señor o con un gran propietario cercano... Las tierras comunales son un elemento importante y sin ellas el pueblo acabaría desapareciendo en tanto que actor colectivo, pero de hecho la unidad del grupo en sus relaciones con el exterior puede subsistir sin ellas bastante tiempo y esto explica, por ejemplo, la larga lucha que sostuvieron muchos pueblos en la América hispánica del siglo XIX para recuperar sus tierras perdidas. Y lo mismo podría decirse de una familia noble o de un gran clan familiar...

## 4. NIVELES DE ANÁLISIS.

Intentemos ahora exponer brevemente cuáles pueden ser los diferentes niveles de una investigación fundada en los actores reales y algunos de sus corolarios. La primera etapa será la identificación y análisis de los mismos: ¿quién actúa y en nombre de qué? Puesto que estos actores colectivos son conjuntos estructurados y permanentes de hombres ligados entre sí, el mejor procedimiento será, lógicamente, analizar los vínculos entre los hombres y los códigos culturales que los rigen. Medios muy eficaces para lograrlo son, por una parte, la prosopografía, que nos ayuda a situar a cada hombre en una red de vínculos y, por otra, el estudio de los valores, ideas e "imaginarios" que rigen la estructura y los comportamientos del grupo.

Sea cual sea la amplitud geográfica o sectorial de su objeto, la prosopografía inclina a una historia tendencialmente total. Pues, por una parte, el carácter cuantitativo de este método lleva a no conformarse con extrapolaciones sacadas de unos cuantos casos conocidos, sino a tender a la globalidad. Es evidente que, en la práctica, hay que fijar límites a esta aspiración: no es posible estudiar a todos los hombres que intervienen en un acontecimiento o constituyen un sector de la sociedad. Hay, sin embargo, que tender a que el corpus biográfico sea lo más amplio posible y, para un nivel dado, exhaustivo: todos los que forman parte, por ejemplo, de una institución pública, del consejo de administración de una empresa, del estado mayor de un ejército, de la cámara de diputados, o de un concejo municipal. La aspiración a la totalidad aparece también en el número de datos que hay que tener en cuenta para cada individuo; deben ser lo más numerosos posibles, pues no se puede saber a priori cuáles son las variables verdaderamente significativas en un momento dado y en una situación determinada. En las sociedades tradicionales, en las que los hombres pertenecen a un número reducido de actores colectivos que asumen funciones diferentes, esto nos permitirá saber si, por ejemplo, el levantamiento de una comunidad campesina se debe a motivos agrarios, fiscales, religiosos u otros. En las sociedades modernas, más individualistas, en las que una persona pertenece casi siempre a una pluralidad de grupos, son el momento y la situación los que



harán que una persona se movilice dentro de este u otro grupo –en una asociación religiosa o profesional, por ejemplo–.

A la prosopografía hay que añadir el estudio de las formas de sociabilidad, es decir de los lugares, razones y maneras de congregarse los hombres, ya sean éstas informales o formalizadas, públicas o privadas, compuestas por miembros de un sólo sexo o mixtas... Citemos como ejemplo, entre las informales, el paseo, los bailes y las romerías; las tertulias ya tengan lugar en una casa privada, en un café o en la trastienda de una librería; las reuniones en tabernas, fondas o pulperías. O entre las formalizadas las cofradías, las sociedades económicas o patrióticas, las logias masónicas, los círculos mercantiles y obreros, los partidos, los sindicatos, las cooperativas, las asociaciones de todo tipo (filantrópicas, filosóficas, científicas, deportivas; de beneficiencia, de ayuda mutual, de lectura, de música; de jóvenes, de mujeres, de ancianos, etc.)...

Hay que utilizar igualmente todos los instrumentos que nos permitan captar las referencias culturales que estructuran al grupo, que determinan su identidad y rigen sus comportamientos. Citemos entre esos enfoques, la historia institucional y administrativa, tan dejada de lado durante muchos lustros por los historiadores propiamente dichos. El conocimiento de los estatutos y funcionamiento de cuerpos, instituciones y asociaciones o de la geografía administrativa es indispensable para captar la estructura de estos grupos, de sus fines –reales o supuestos–, de sus ideales y de sus medios de acción. Añadamos el análisis del discurso, ya sea oral o escrito, iconográfico o simbólico. Instrumento, muy idóneo para el estudio de las sociedades del Antiguo Régimen, pero que hay que emplear también, *mutatis mutandis*, en las sociedades modernas, es el estudio de los emblemas –de los escudos, lemas, sellos, etc.–, de la iconografía, de las fiestas y ceremonias –civiles o religiosas–, para aprehender así las representaciones que poseen los diferentes grupos. En este mismo nivel, hay que analizar igualmente las querellas sobre privilegios, prerrogativas y prelaciones, pues no se trata sólo de puntos de honor que el historiador pueda mirar con desprecio, sino de la manifestación, en el ámbito simbólico, de los actores colectivos y de sus relaciones recíprocas: de lo que son, de cómo se ven ellos mismos, del lugar que ocupan en la sociedad, de lo que aspiran a ser...

Si tenemos en cuenta todos estos criterios se constata fácilmente que muy rara vez hay homogeneidad en estos actores reales ni en su composición interna, ni desde el punto de vista socio-profesional. Esto es patente en las sociedades del Antiguo Régimen, con sus grandes clanes familiares y sus redes de parientes, allegados y clientes, entre los cuales se encuentran con mucha frecuencia hombres o grupos de condiciones muy diversas; y lo mismo ocurre con los pueblos en cuyo seno existen hombres de riqueza, profesión y actividad diversas. Pero lo mismo ocurre en las sociedades mo-

dernas, cuyas diversas asociaciones, clubes políticos, partidos, ejércitos, están constituidos por una gran diversidad de hombres de orígenes diferentes.

El estudio de estos actores colectivos que podríamos llamar primarios tiene que completarse con una tipificación de las diversas clases de actores. Según el tipo de vínculos, de valores, comportamientos y situación social se pueden encontrar, por ejemplo, clanes familiares, pueblos y haciendas de diferentes tipos, clubes políticos, logias masónicas, organizaciones estudiantiles, partidos, sociedades mutualistas, gremios, sindicatos, ligas campesinas, guerrillas, ejércitos...; cada uno con sus estructuras internas y su historia propias, con una diversidad que no es una excepción o una anomalía, sino la realidad misma.

En una etapa suplementaria es posible clasificarlos en grandes categorías, según las lógicas diversas que presiden su acción y que engendran sistemas sociales y políticos muy diferentes. En otros lugares hemos propuesto una tipificación fundada en la distinción entre dos grandes tipos de actores colectivos: los tradicionales, centrados sobre el grupo, y los modernos, fundados sobre el individuo. Esta distinción no se debe a una fiebre clasificadora, sino que resulta del análisis experimental de la extraordinaria novedad que representa la política moderna en relación con la de las sociedades tradicionales. Esta diferencia, consecuencia de la mutación que se produce en la Europa moderna, no consiste sólo en la aparición de lo político como un campo autónomo de la acción humana, sino también en el surgimiento de nuevas formas de sociabilidad, de prácticas sociales, de ideas, de imaginarios, de valores y comportamientos.[16]

Añadamos que para que este estudio de los actores primarios sea completo no hay que limitarse a un estudio sincrónico, sino que además hay que conocer su historia y el marco estratégico donde se sitúan. Los actores colectivos, como los individuales, tienen también una historia que contribuye a explicar muchos de sus comportamientos. Un gran clan familiar hereda sus oposiciones o sus alianzas con otra gran familia; un pueblo, sus relaciones de rivalidad con otro pueblo vecino, sus relaciones de dependencia o de complementariedad con un latifundio, o con la capital de su región; una organización obrera guarda muchas veces el recuerdo de conflictos laborales pasados o de una represión estatal...

---

[16] Cfr. "Pour une nouvelle histoire politique: Acteurs socieaux et acteurs politiques", dans *Structures et cultures des sociétés ibéro-américaines. Au-delà du modèle socio-économique,* Actes du Colloque international en hommage au professeur François Chevalier, Paris, 1990, pp. 245-260 y *Le Mexique de l'Ancien Régimen à la Révolution,* Paris, 1985, t. I, cap. III, "Liens et solidarités".



Los actores no son comprensibles aisladamente, sino en relación con los demás actores circundantes. Sus actividades y sus acciones dependen del campo estratégico en el que se encuentran: del marco geográfico o social, de sus relaciones de oposición o de afinidad con otros actores; de su posibilidad de acceder o no, en una situación dada, a un tipo determinado de recursos –económicos, militares o políticos, por ejemplo–; de sus alianzas con grupos más vastos –regionales, nacionales o internacionales–, etc. En muchísimos casos las actitudes de los actores no son sólo una consecuencia de su propia identidad, sino también del lugar que ocupan en un marco geográfico o político determinado. Habida cuenta de la importancia del localismo en el mundo hispánico, con frecuencia la afiliación política de un pueblo o de un clan familiar en el siglo XIX se explica por la pertenencia de sus adversarios tradicionales al grupo opuesto. Se ve así cómo muchas veces las rivalidades seculares entre dos pueblos hacen que si uno se adhiere a una tendencia, su rival se adhiera automáticamente a la contraria. Y lo mismo ocurre con los clanes familiares: cuando una gran familia se incorpora a un partido o a un bando, su rival de siempre se adhiere al de sus adversarios.

Con estas reflexiones sobre el marco estratégico entramos ya en otro nivel de análisis, que es el de los sistemas que engloban a los actores primarios. Raramente actúan estos de modo aislado, salvo en acontecimientos muy locales, ordinariamente se integran en conjuntos complejos. En todos los movimientos sociales o políticos de cierta amplitud podría decirse que lo que se capta son redes complejas de actores primarios con procedencias geográficas o sociales múltiples. Hay, pues, que considerar que, sea cual sea el marco geográfico o sectorial que se ha escogido como objeto de estudio –local, regional, estatal, internacional– ninguno puede sernos suficiente, puesto que siempre, o forma parte de otro conjunto más vasto, o está formado por sub-conjuntos más restringidos. Por ello, aunque toda investigación tenga que centrarse en un tema necesariamente limitado, no se pueden olvidar sus relaciones con otros conjuntos, mayores o menores.

Llegamos así al análisis de sistemas complejos que engloban una multiplicidad de conjuntos diversos con sus combinaciones de actores específicos. Es el momento de examinar las reglas que rigen sus relaciones, ya sean éstas formales, como las leyes, o los estatutos de un cuerpo, de una asociación o de una institución; o informales, como las que resultan de la costumbre, de una altura común o de la estructura misma del marco estratégico. Es el momento también de detectar las distorsiones entre las reglas formales y las informales; distorsiones frecuentes, que son muy esclarecedoras para comprender el funcionamiento de una sociedad o de un sistema político.

Todos estos fenómenos no están sólo regidos por una relación mecánica de fuerzas, sino también, y, sobre todo, por códigos culturales propios

de un grupo o de un conjunto de grupos sociales en un momento dado. Toda relación social posee un contenido cultural fundamental: ¿Cómo es pensada o imaginada la sociedad? ¿Qué es lo que constituye el vínculo social? ¿Qué tipo de autoridad se considera legítima? ¿Cuáles son sus funciones? ¿Qué poderes se le atribuyen comúnmente? ¿Cuáles son los derechos y deberes recíprocos entre gobernantes y gobernados? Toda unidad social, desde la más pequeña a la más amplia, dispone de sus propias respuestas a este tipo de preguntas. Toda organización social lleva también consigo, aunque sólo sea implícitamente, un modelo de sociedad ideal que puede situarse tanto en el pasado como en el porvenir: que puede ser tanto una nostalgia como un proyecto, o ambos a la vez, puesto que la vuelta a la Edad de Oro ha sido a menudo uno de los principales motores de las revoluciones. Estamos aquí en el campo de los modelos o proyectos de sociedad, íntimamente unidos a los principios de la legitimidad y a los valores, campo primordial de estudio en el que se han producido, precisamente, las principales mutaciones "políticas" del XIX y del XX.

A todas estas preguntas pueden añadirse algunas más, como las que conciernen a las identidades colectivas y a los elementos que las conforman en diversas combinaciones: la composición étnica, la lengua, la religión o la práctica religiosa, la memoria común –real o reconstruida–, los mitos compartidos, etcétera. Hay que estudiar también los Estados y la coexistencia o no dentro de ellos de comunidades humanas que son o se consideran completas o autosuficientes, como las naciones en la época contemporánea. La enumeración de estos ejemplos nos lleva a recordar algo obvio: que existe una jerarquía de temas y que los investigadores no deben inhibirse ante la dificultad de los enfoques globales. Es, por ejemplo, más difícil estudiar la desintegración del sistema soviético en su conjunto que hacer la microhistoria de un pueblo de Ucrania. Ambos son necesarios, pero el primero es ciertamente más importante...

En todo lo que concierne a vastas comunidades humanas el análisis detallado, con el enfoque de tipo antropológico utilizado para captar los actores primarios, es casi siempre imposible. Nos vemos entonces reducidos a utilizar métodos indirectos. Se puede estudiar de este modo una categoría determinada de hombres que sospechamos juegan un papel importante: los intelectuales, los periodistas, un determinados tipo de hombres políticos, como los alcaldes o los diputados, los miembros de alguna asociación, como la masonería, etcétera. Se pueden estudiar los *media*, los lugares de socialización –y entre ellos, muy prioritariamente, los establecimientos educativos– o los lugares de sociabilidad. Se pueden también captar fenómenos generales, como la evolución de las ideas, la opinión pública o los resultados electorales; o buscar sus correlaciones con otros tipos de variables, como la historia, la geografía o la práctica religiosa. Todas estas maneras de proceder nos dan a conocer elementos que contribuyen a configurar el campo político, pero no hay que olvidar en todos estos casos lo dicho anteriormente para evitar que la historia sea una historia sin sujeto real: que una categoría de hombres con características comunes no es un actor, y que fenómenos como las elecciones o la opinión pública no proceden de un sujeto colectivo, sino de una combinatoria compleja de hombres reunidos en grupos muy diversos...



En la medida de lo posible hay que intentar siempre formalizar los conocimientos parciales en un sistema en el cual todos los elementos sean interdependientes. Esta manera de proceder exige la conceptualización, la capacidad de abstraer de lo concreto fenómenos y problemáticas generales. Incluso si la formalización es provisional y aproximativa, siempre es necesaria, aunque no sea más que para comprobar si el modelo construido es operativo, es decir, si incluye a todos los actores y explica todos los fenómenos que las fuentes nos revelan. Construir un modelo de un sistema determinado implica que se formulen las condiciones de su estabilidad y sus fragilidades. A partir de entonces la acción de un hombre concreto, integrado en las redes de relaciones que lo unen a los otros hombres, vuelve a adquirir su significación social, los acontecimientos recuperan su valor y se pueden explicar tanto las estructuras como las rupturas...

Para terminar, intentemos ahora señalar algunos corolarios que pueden deducirse de esta manera de abordar el estudio de la vida social y política. El primero es que para captar estos actores colectivos reales hay que utilizar necesariamente todas las aportaciones de la *nueva historia*: adentrarse en los territorios de la investigación histórica abiertos por ella y utilizar los instrumentos que ha ido elaborando para el estudio de lo económico, de lo social, de lo cultural; pues, como ya lo hemos dicho, los elementos que constituyen un actor colectivo real son de múltiples tipos, como lo son también, en sistemas más vastos, las relaciones de estos actores entre sí. No quiere decir esto que todo sea política, sino que, como ésta concierne la organización de la sociedad y las relaciones de autoridad y de subordinación entre los actores sociales, todo lo que los constituye y regula sus relaciones, es indispensable para comprender lo político. Por eso, si la historia total fuera posible, es sin duda a través del enfoque político que nos acercaremos más a ella.

El segundo es que se puede así sobrepasar la aparente oposición entre la acción individual y la acción colectiva: tan ciertas son una como otra, pero a un nivel de análisis diferente. Hablar de la acción de un grupo humano es siempre hablar de la acción de hombres individuales, de los componentes del grupo, pero de una acción que no por ser individual deja de estar situada en una red de relaciones recíprocas con los otros miembros del grupo. Esto es precisamente lo que hace que estas acciones individuales

converjan en una acción común, tanto más cuanto que todo grupo conlleva la existencia de autoridades, sean del tipo que sean, que contribuyen a dirigir el conjunto de acciones individuales hacia un fin común.

En esta óptica, nada impide, al contrario, que las acciones de hombres situados en puntos estratégicos de la estuctura social, o dotados de una capacidad de acción mayor, tengan un impacto mayor que las de los demás y que puedan ser estudiadas prioritariamente. Sin olvidar, sin embargo, que estas acciones relevantes no son posibles más que en la medida en que estos personajes son capaces de apoyarse o de movilizar a otros actores –individuales o colectivos– de menor envergadura. Esta realidad no sólo salva la causalidad real de hombres o grupos menos encumbrados y hace necesario su estudio, sino que obliga a analizar los vínculos de los grandes personajes con los otros actores sociales y el marco estratégico en que actúan y en que todos se sitúan. Napoleón se explica, primero, por Napoleón, pero también de una manera inseparable por la estructura del poder y el campo de fuerzas políticas de la Francia termidoriana, por las exigencias de un momento político particular, por la existencia de nuevos actores sociales nacidos con la Revolución, entre los cuales se encuentra el nuevo ejército que ésta ha creado, y, evidentemente, por los vínculos de todo tipo –carismáticos o puramente políticos– que Bonaparte ha sido capaz de crear con muchos de ellos.

El tercero atañe a la naturaleza de las estructuras. Estas no son entidades independientes de los hombres o exteriores a ellos, sino la formalización, realizada por el observador, de las múltiples relaciones de los hombres con la naturaleza y con los otros hombres. Y como toda red relacional, ellas son el marco natural de la acción humana, un límite a una total libertad de acción, pero al mismo tiempo la condición de su ejercicio. Por eso, aunque la acción humana está limitada por ellas, es el hombre, sujeto último de estas relaciones, quien las modifica constantemente por su acción. Estos cambios de las estructuras originados por las acciones individuales son mínimos ordinariamente, pero no siempre. En efecto, tanto en el campo científico, como en el tecnológico, o en el religioso –por no citar más que algunos ejemplos– numerosos son los casos en los que la invención o la acción de un hombre provoca una mutación que acaba transformando profundamente las estructuras. Y lo mismo ocurre con algunos personajes o políticos –Alejandro Magno, por ejemplo– que, por sus cualidades personales, unidas a su posición en un lugar estratégico del campo social o político y en una coyuntura favorable, son capaces también de modificarlas de una manera durable.

Añadamos, para terminar, que aunque, como acabamos de decir, haya también en otros campos de la existencia humana acontecimientos irreversibles que modifican profundamente las estructuras, estos acontecimientos



son particularmente numerosos en el campo político. Las rupturas son tan ciertas como la permanencia habitual de las estructuras y para el historiador constituyen un objeto privilegiado de investigación, ya que es en las rupturas donde se revelan los actores (su identidad, sus valores, imaginarios ideas y comportamientos), los sistemas de relaciones en los que están inmersos y las casualidades múltiples que actúan en la sociedad. Es decir tanto la inercia social como la capacidad de acción y de invención del hombre...